

1 de marzo: “Miércoles de Ceniza”

Con el Miércoles de Ceniza comienza el tiempo de Cuaresma. Tiempo de conversión, de penitencia. Tiempo serio y profundo. Pero no nos confundamos. No es un tiempo triste. No debemos confundir lo importante con lo triste. “Cuando ayunéis no estéis tristes”, dijo Jesús.

El caso es ir al grano. Se nos invita seriamente a convertirnos a cambiar el corazón, a acercarnos a Dios y a los demás, a través de la oración, el ayuno y la limosna. Y esto no es nada triste, sino lo contrario. Encontrarse con uno mismo no es triste.

Tenemos ante nosotros, cuarenta días para caminar por la reflexión. Para un cristiano está claro. Acercarnos a los sufrimientos de Cristo que se nos muestran en este tiempo a través de los que sufren por el hambre, por la crisis, por el paro, por la emigración, por la desigualdad, por la injusticia, la enfermedad...

Unas tareas que no debemos alejar de nuestra Cuaresma, de nuestra conversión, de nuestro camino penitencial y de oración. Tiempo para cambiar nuestra mentalidad, de cambiar el sentido cómodo y egoísta de nuestro corazón.

Es un objetivo, un fin que hemos de contemplar con alegría. Le ceniza, que se impondrá sobre nuestra cabeza, nos recuerda nuestro ser efímero, pero no para asustarnos sino para animarnos a vivir.

Detrás de la Cuaresma, del esfuerzo, de la conversión, viene la vida y, en definitiva, en cristiano, la resurrección.

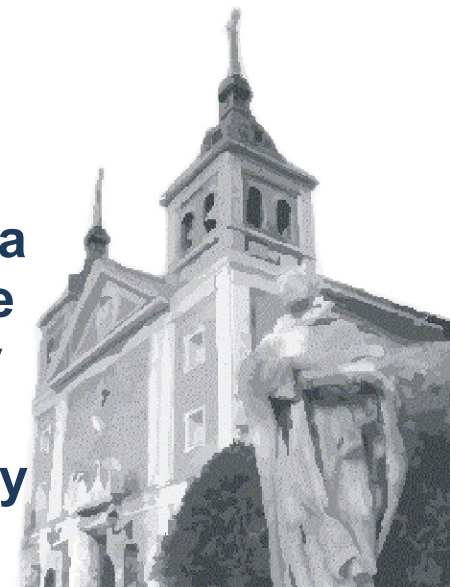
En todas las misas: 8, 10, 12 de la mañana y 8 tarde, imposición de la ceniza.

Recordamos que según el Catecismo de la Iglesia Católica en el número 1438 “El Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo son días de ayuno y abstinencia. Los viernes de cuaresma son días de abstinencia. Y todos los viernes del año, como toda la cuaresma, son días de penitencia en los que se recomiendan las privaciones voluntarias, la limosna, las obras de caridad y la ayuda a las misiones”

COMUNIDAD EN CAMINO

8º T. Ordinario - Ciclo “A”
26 FEBRERO 2017
FRAILES DOMINICOS - MADRID

“Nadie puede servir a dos señores, porque despreciará a uno y amará al otro... No podéis servir a Dios y al dinero ”



NTRA. SRA. DE ATOCHA

Avda. Ciudad de Barcelona, 1 www.parroquiadeatocha.es



Se trata de servir. Jesús dice que vino a servir, no a ser servido. El servicio puede ser esclavitud o ejercicio de libre amor, depende a quien se sirve: el servicio al dinero es esclavitud, servir a Dios es libertad. Es servir a alguien que quiere nuestra libertad. La libertad pertenece a la esencia de la condición humana, así nos hizo Dios, ejercerla es actuar como el ser humano que quiere Dios. Servir a Dios es obrar de acuerdo con su plan sobre nosotros, ser lo que tenemos que ser a los ojos de Dios. Ojos que son paternales, o maternales como señala la primera lectura. Es cierto que la tentación de ejercer la libertad en contra de los auténticos intereses del ser humano está anclada en nosotros: es la tentación de dejarnos llevar por caprichos, antojos, por satisfacciones inmediatas, por el simple confort, el placer inmediato. Consecuencias del egoísmo que no va más allá que el propio yo, y hace que éste se pudra en su soledad. Caprichos que exigen dinero. E inhumana es una libertad cuando se ha de comprar con dinero, depende de él. Es tan inhumana, que deja de ser libertad, es esclavitud. Por eso Jesús insiste a sus discípulos: manteneros libres, no os hagáis esclavos del dinero, serviros de él, pero no le sirváis. Sois más que el dinero, como sois más que los pájaros y los lirios. Valéis más que el dinero. Valéis tanto que no hay dinero que os pueda comprar, ni que os pueda esclavizar. Lo que realmente vale, no tiene precio. Como la vida, la Naturaleza, la libertad, el amor. “Buscad lo que realmente os hace grandes”, o sea, “el Reino de Dios y su justicia”. “Debéis buscar medios para vivir Dios da alimento a los pájaros, pero éstos han de buscarlo y llevarlo al nido a sus crías -; pero como medio para llevar una vida humana. Puestos a servir, que sea, no al dinero, sino a Cristo: “que la gente vea en vosotros servidores de Cristo...” dice san Pablo en la segunda lectura.

Isaías 49,14-15/ 1ªCorintios 4,1-5 / Mateo 6, 24-34

Estos días de Carnaval son días un tanto desconcertantes. Por un lado se nos invita a la fiesta, al jolgorio, al disfraz, incluso a la trasgresión y, por otro, se nos recuerda nuestro origen y se nos invita a la conversión. Son un poco el signo de nuestra vida actual.

De hecho habría de prevalecer la opción más recia, más íntegra, más creativa, aquella que nos invita a ser nosotros mismos. Pero da la impresión de que domina la invitación contraria, la que invita al disfraz, a figurar que somos lo que no somos y que sentimos lo que no sentimos.

Las fiestas de Carnaval duran poco, pero la invitación que arrastran suele prolongarse, desgraciadamente más. Uno pone su disfraz y sale a la calle y se divierte. Bastaría con volver a casa, quitar el disfraz y volver a la vida natural y normal.

Pero no es así. El disfraz se apodera de la realidad, pasa a primer plano. Y aquello que en realidad somos queda aprisionado bajo el disfraz de lo que aparentamos.

Y cuando más nos necesitamos de verdad, de nada nos sirven los disfraces. La lección es clara: ser uno mismo, siempre, sin ficciones. Por eso es necesario en estos tiempos tener las cosas claras y llamarlas por su nombre.

Amado Nervo escribía: “nada más que con dar a las cosas su verdadero nombre se produciría la revolución moral más tremenda que han visto los siglos”.

Sólo dar a las cosas su verdadero nombre. Sólo con no disfrazar las cosas, las realidades, los sentimientos. Sólo con dar a las cosas su verdadero nombre.